

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Eduardo Castillo.

El Arbol que Canta. Editorial CROMOS. Bogotá—Colombia.

La poesía de Eduardo Castillo a quien se ha recordado en este mes por la prensa nacional, conserva toda la frescura de los tiempos en que fue publicada. Su vigencia es inmarchitable. Pueden pasar las escuelas literarias con sus afanes de novedad, sus angustias, ciertas o fingidas, el afán bizantino de la hora, todo el trepidar del mundo moderno y esta poesía, pura, de nobles esencias, continúa alimentando el torrente de nuestra sangre. Porque Eduardo Castillo supo grabar para la eternidad ciertas zonas del alma, aquellas estaciones en las cuales amamos, buscamos una música diluida en el paisaje, quisimos defendernos del tiempo alzando la claridad de una rosa entre las manos.

Poesía transparente, donde no encontramos túneles, gritos perforantes, malabarismos ideológicos. Aquí se aclaran todas las voces y el trémulo río de la vida desciende por un valle feliz que tiene tanto de la infancia. Estrellas benignas y pensativas; aterciopelados crepúsculos; ocarinas de viento; amadas que regresan, cantando, por los caminos del ayer, cuando fuimos jóvenes y las quimeras nos llamaban y era bello el mundo y una boca de doncella nos hacía pensar en la divina esencia de los seres.

Un vago paisaje, una acuarela trémula y encendida, un rosal que lentamente florece. Memorias ciertas y otras olvidadas y marchitas. Esquilas en el atardecer. Pero por sobre todo, aquella divina blancura que envuelve toda esa poesía con sus largos velos de primera comunión. Porque Castillo quiso ser el poeta de esos tonos íntimos, vagos, acidulados, que se confunden con las más secretas músicas del hombre. Nada de trompetas wagnerianas. de resonancias jubilosas, de himnos vastos, de anchurosa orquestación lírica. Aquí todo es azorado como una paloma que perdió el vuelo, con esos rubores, esas cándidas inocencias del mundo en esos días en los cuales buscábamos la ternura de una niña para consolarnos del mal de la vida, de las precoces angustias y de las fatales hieles.

Castillo canta como un ruiseñor. Olvidado del vano tumulto cotidiano, su poesía se torna pura, candeal y beata. De un penetrante aroma de huerto

monacal, de ternuras sentimentales que no necesitan de vanas comunicaciones, porque están en nuestra memoria, se convierten en recuerdo, levemente golpean, con sus dedos de brisa en la ventana suspirante de la juventud definitivamente ida. Dolor y ternura de andar buscando en todas las mujeres, un mundo espiritual, que acaso esté en una sola. Seguir por el mundo enhebrando sueños, en rueca de cristal. Levantar el cáliz de la amargura y saber que todo se disuelve en el mundo como una vaga música de clavicordio. Poeta de brumas, de nieves, de fuegos ensimismados. Todo en Castillo es de una pureza que trasciende. Por eso sus poemas son eternos con la eternidad de lo efímero y por lo mismo raíz sedienta para el recuerdo. Es difícil encontrar en el panorama lírico de América un poeta del tono de Castillo. Y alguien que hubiese vivido de acuerdo con su credo estético. Era impresionante verlo pasar cuando ya el alba florecía los senderos, envuelto en su nocturna capa española, con algo de pájaro adolorido, herido en el mismo corazón. Y su nariz de mochuelo y su blancura cérea, transparente y azulena. Gran poeta que vivió plenamente sus lirismos hondos, vagamente perfumados como sus estíos muertos o sus primaveras de oros trémulos.

Leamos tres hermosos poemas del gran bardo colombiano:

A UNA NOVIA DE AYER

*Sin saberlo quizá, fuiste tan buena
a mis pesares cuando Dios quería,
que si perdí tu amor, su poesía
es suficiente a embalsamar mi pena.*

*Como desde una vida ultraterrena
vienes a visitarme todavía,
tanto más bella cuanto menos mía,
tanto más dulce cuanto más ajena.*

*Mas por tu compasión y tu ternura
feliz, guardo un recuerdo de ventura
de mis lejanos días abrileros.*

*El es como la estrella vespertina
que irradia en el azul, sobre la ruina
de la Jerusalem de mis ensueños.*

EX VOTO

*En todos estos versos encontrarás tu huella:
aquel, canta tus labios de púrpura cruel,
ese, el azul nostálgico de tu mirar de estrella
ese otro, tus melenas de hojas de otoño y miel.*

*No importa que en anciana se trueque la doncella,
mis cantos serán siempre como un espejo fiel,
y eternamente joven, y eternamente bella
como un milagro te mirarás en él.*

*No importa que en desfile doliente, por mis versos
pasen las adoradas de ayer. Bajo diversos
rostros y nombres múltiples, tú sola estás allí...*

*Fulgor que diafaniza la lámpara de barro
o aroma que, tras roce fugaz con el guijarro,
dejáronle al guijarro las rosas de Saadí.*

LA DAMA DE LOS PERFUMES

*Reclusa en tus estancias, donde hay como un silente
misterio de capilla, te enervas y consumes
—tal una reina bárbara, suntuosa y decadente—
con el encantamiento mortal de tus perfumes.*

*Artistas poderosos de raras artes brujas
para tí destilaron, con manos minuciosas,
en frágiles redomas, tan finas como agujas,
la virtual esencia de cien bancos de rosa.*

*Inmóvil y atediada, tus piecitos leves
no se han embalsamado jamás en los jazmines
y nardos de los campos en flor. Mas si te mueves,
te mueves rodeada de invisibles jardines.*

*Así, cristalizada, diafanizada, apenas
corpórea, me pareces en medio a las redomas
que se infiltran su letárgica ponzoña entre tus venas,
la princesa del reino de los Mil y Un Aromas.*

*Y morirás un día con gesto grave y pulcro,
serena como un ídolo. Mas ni las pestilencias
finales, ni la trágica corrupción del sepulcro
mancillarán tu carne, macerada en esencias.*

Fanny Buitrago.

El hostigante verano de los dioses. Ediciones TERCER MUNDO. Bogotá—Colombia.

Novela esta de la desesperanza. Los personajes están corroídos por el hastío. Como aquellas generaciones europeas que describe magistralmente Curzio Malaparte, en su obra Madre Marchita. Juventud sin ideales, viviendo la propia gusanera moral. Sepultados en vida. Sacos de infortunio que no creen en nada y cubren su retirada con vicios letales o mentiras como máscaras. La ternura como un reptil culebrea de pronto. Pero la atmósfera vital está viciada. Esos personajes carecen de todo idealismo. Lo enterraron en el fango y ahora vegetan entre purulencias. Nada grande, crea-

dor, fecundo. Quieren liberarse de toda norma social, abjurar de todo sistema. Sí, lo que más odian es el sistema, la organización de la sociedad, el vínculo que ata, las alambradas levantadas contra el instinto.

Por eso mismo, aspiran a vivir su propio drama que linda con lo puramente salvaje. Iconoclastas, resentidos, pederastas, todos están tocados por una llama seca y árida, la luz del infierno, según el gran novelista francés Jorge Bernanos. El mismo rostro que viera Malaparte por las orillas del Sena, en los tugurios existencialistas de Sartre, gesto parecido, suciedad igual. Como la piel de la iguana, tajada en partes iguales, así estas vidas derrumbadas. Lectura espesa y difícil la de esta novela. Como algunas novelas de Ernesto Sabato. Pero sin que por ser esto así, pierda originalidad y brillo esta temprana escritora colombiana. Su novela ha salido del fango, pero allí también se encuentran diamantes.

Quiere Fanny integrarse al grupo de novelistas del tedio que escriben airados, contra los dioses, las tumbas y las memorias. No creemos que nada creador pueda salir de gentes que se colocan al margen de toda ley moral, dizque para vivir plenamente su odisea. Triste naufragio sin sirenas, ni esperanzas, ni caminos. Y naturalmente de esta novela está desterrado Dios. A tiempo que muchas gentes del mundo, ayer escépticas vuelven sus ojos hacia la eternidad de ciertos principios, estos personajes repiten la lección del propio envilecimiento como si se tratara de una hazaña guerrera.

La novelista se ha recreado en el tema. Pero lo ha hecho con talento creador, tratando de constituirse en un testigo de su tiempo. Pero que, afortunadamente, no es el nuestro, pues, América no ha pasado por la miseria de estas guerras que avientan toda moral, destruyen los mitos, raspan el corazón como un cáncer. Que si esta fuera la juventud era ya tiempo de perder toda esperanza.

Novela esta que retrata amoralidades, excesos, frustramientos. Lectura nociva para quienes crean aún en la belleza de muchas cosas y las defiendan con hermoso coraje. Pero rica en valores novelísticos y de una técnica muy bien lograda en una muchacha de 18 años como Fanny Buitrago.

Carlos Restrepo Piedrahita.

Cuaderno de Viaje. Publicaciones Externado de Colombia. Bogotá—Colombia.

Carlos Restrepo Piedrahita ha tratado siempre, desde su temprana juventud, de buscar aquellos temas que, por lo universales, inciden en la vida particular de cada pueblo. Nunca ha sido escritor de lugareñismos entendidos estos como miopía mental, circuito cerrado, coto prohibido. Hace muchos años lo viene pregonando con valor y entereza. Sin que haya perdido la savia telúrica de su Caldas nativo. Pero su prosa es todo lo contrario de la de sus paisanos. Porque no abunda en tropos, retorcimientos retóricos, abundancia de palabras. Desde siempre ha escrito en un estilo seco, honesto, trascendente. Porque no ha querido ser un manipulador de vocablos hermosos, sino un ensayista que piensa en forma trascendente.

Y esto está bien en un país como el nuestro donde generalmente los escritores tratan todos los temas superficialmente. No se preocupan por la hondura sino por la superficie. Ya es hora de que se tome la tarea de escribir como una forma de estar, de ser, no de parecer o simplemente de figurar. Por eso mismo Carlos Restrepo Piedrahita ha investigado hondamente en los temas que caen bajo su inquietud. Que es bastante y orientada hacia diversos climas espirituales. Ya que no es el escritor monolítico, anclado en determinada formación e incapaz de buscar otras fuentes para su cultura. Precisamente Restrepo Piedrahita es el tipo de escritor que se conoce en América como el ensayista. O sea quien desentraña las causas de muchos fenómenos, relaciona ideas, extrae del mundo, diverso y múltiple, las enseñanzas que posteriormente han de formar un todo, una resonancia y un sistema. El ensayista es el tipo humano de escritor más interesante que haya dado cierta latinidad curiosa por todas las ramas del conocimiento. Su labor es tan importante o más que la del novelista o el poeta. Porque para serlo de verdad, necesita un criterio propio, una vasta erudición y un sentido personal para ver el mundo y los actos humanos en lo que tienen de históricos.

Restrepo Piedrahita nos presenta en este libro dos figuras cenitales de la cultura latina: Federico Nietzsche y Nicolás Maquiavelo. Y demuestra con poderosa argumentación aquellas líneas de enlace, el parentesco intelectual que los une. Analiza la vida y el pensamiento de estos dos colosos de la inteligencia y su influencia en el mundo de las ideas. En prosa clara, objetiva, que va directamente a buscar las ideas, sin detenerse en el umbral de las mismas o pasar de largo como cierto posadero alemán de quien nos habla Heine. Pero la suya no fue una tarea de referencia libresca, como se acostumbra también en nuestro medio. El autor de *Cuaderno de Viaje*, estuvo en todos los sitios y rincones donde vivieron esas dos poderosas antenas mentales que irradiaron pensamiento vivo para toda la Europa de su tiempo.

Tarea responsable que hace más atrayente aún esta obra desinteresada, escrita sin ánimo preconcebido, únicamente por el afán de conocimiento y el deseo de penetrar en un tiempo histórico apasionante y que ha sido estudiado con penetrante sentido crítico.

Libro valioso este. Conceptos personales pero enjundiosos. Temática rica en sugerencias. Amor de conocimiento por dos figuras cumbres de la cultura universal y emoción pura por los valores del espíritu. Restrepo Piedrahita, como siempre, ha cumplido una obra ejemplar y ejemplarizante.

Guillermo Nanetti.

Drama de Antonio Arango. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. Argentina.

Qué amargas verdades fluyen de este libro. Todo el drama de la erosión en Colombia, de la falta de una política del suelo, de la imprevisión, la negligencia, todos aquellos factores que han contribuido a empobrecer nuestro suelo, mermadas las fuentes puras de su vida. Porque el drama de

Antonio Arango, no ha terminado. Por el contrario: todos los días vemos cómo se destruyen bosques, se matan las aves, se acaba con nuestra riqueza pesquera usando abominables prácticas para pesca en nuestros ríos. Diariamente se descuajan nuestros bosques, se queman maderas, vamos quedando al desnudo como la tierra erosionada, a la cual se refiere bellamente Guillermo Nanetti. Leamos:

“El agua que penetra en el subsuelo es la savia del mundo.

El agua lluvia que corre superficialmente se roba el suelo.

De aquí la importancia de los árboles.

La vegetación es como un paraguas protector del suelo.

Hace caer el agua suavemente y penetrar en el subsuelo.

La selva es madre del manantial.

Las raíces de los árboles son como manos amigas que sostienen el suelo con sus dedos múltiples.

Las hojas y frutos caídos fertilizan el suelo y son creadores de tierra vegetal. Los árboles protegen de los vientos, regulan la humedad y amparan del calor y del frío.

La tierra buena ofrece alimento que la planta toma a través de sus raicillas.

En la capa del subsuelo, como en la mala tierra de la parábola evangélica, la semilla se muere.

Si no fuera por el manto de tierra orgánica, nuestro planeta estaría casi tan muerto como la luna.

Tan muerto como “La Isabela”, la tierra de Antonio Arango”.

Verdades tan grandes como un puño. Que debieran grabarse a la entrada de nuestras escuelas rurales y urbanas, en las puertas de las Universidades, en las paredes de nuestros municipios que, como mendigos fatigados, yacen a la espera de un progreso que no llegará nunca. Este libro es una clarinada para nuestros gobiernos, para los institutos dedicados a la conservación de nuestras riquezas naturales, un derrotero que debiéramos meditar antes de que se consume el total desastre. Porque nos vamos quedando sin Patria a medida que desaparecen sus valores tradicionales y su mismo paisaje que, de tropical y exuberante, ha pasado a ser una tierra erosionada, ya que la buena tierra se la llevó hacia el mar nuestra red fluvial, como lo anota el autor de este libro.

Recomendamos la lectura de *El Drama de Antonio Arango*, a todos los colombianos de buena voluntad.

Alvaro Garcés Valencia.

Llama y Ceniza. Poemas. Editorial Voluntad. Bogotá—Colombia.

Estos poemas de Alvaro Garcés Valencia muestran aún la vacilación de quien no ha logrado encontrarse a sí mismo. Esto no se puede considerar como una crítica, puesto que más bien señala un camino. El autor oscila

entre el romanticismo y cierto modernismo de buena ley. Pero aún se mueve en un territorio indeciso y las primeras luces del alba no le han mostrado exactamente cuál debe ser la senda preferida. En estos poemas, al lado de positivos hallazgos líricos, encontramos aún mucho concepto libresco que no es poesía original, sino remedo de otras voces y diferentes angustias espirituales. Garcés Valencia tiene talento creador, es indudable. Pero le falta aún hallar ese mundo desolado, donde solamente nos encontramos con el propio misterio y sus tremendas interrogaciones. Porque la poesía no es únicamente cultura literaria. Exige otros ingredientes y estos de mayor calidad: son aquellos que, en aluvión, arrastra el río de nuestra sangre, la propia pesadumbre, la voz solitaria, dolor de mirar el mundo y encontrar en él sorprendentes relaciones con nuestro propio espíritu.

Pero Garcés Valencia se ahoga entre muchas palabras inútiles. La poesía moderna tiende a lo esencial, raíz en vez de fronda, hueso mondo en el sitio que antes ocupaba una adjetivación sabia pero yerta.

Con el transcurso del tiempo, forjador y nunciador, este poeta hallará su exacta medida lírica, ya que tiene talento para lograrlo.

Jorge Córdoba Ortiz.

Diccionario de la Jurisprudencia Colombiana. Editorial EL LIBERTADOR—Bogotá.

El doctor Jorge Córdoba Ortiz, abogado con larga y seria experiencia en la vida administrativa de la nación, ha publicado este diccionario. Su oportunidad no puede ser mejor escogida. Porque debido a la inmensa cantidad de leyes, su conocimiento, la importancia de las materias que trata es bastante complejo. Se requería un diccionario que le sirva tanto a profesionales de derecho como a personas extrañas a estas disciplinas, en este confuso y vasto mar de nuestras disposiciones legales.

El libro está dispuesto por materias y por disposiciones legales. Es de una gran claridad de manera que sirve de guía oportuna para quienes desconocen el mundo de nuestras legislaciones y sus diversas modificaciones con el transcurso del tiempo. Porque si algo necesita claridad es la interpretación de las normas legales. Porque precisamente las leyes se han escrito para fijar determinadas materias, darle rumbo positivo al derecho, otorgarle a la sociedad un beneficio y su correlativo deber en un tiempo en que es preciso guiarse con la justicia si no queremos perecer bajo el alud de la barbarie.

Este diccionario es obra de paciencia e inteligencia. Pero de una utilidad innegable. En cualquier momento en que un ciudadano no sepa qué normas rigen para su acción, cuando quiera que es preciso tomarle su verdadero cauce a los hechos jurídicos y al derecho positivo, es preciso recurrir a este diccionario que ha venido a colmar un inmenso vacío en nuestra vida como pueblo regido por una tabla de normas constitucionales y legales.

Lectura provechosa y útil, este diccionario debe conservarse en toda biblioteca porque su uso es necesario en el momento menos pensado. Obra magnífica que otorga un título de honor a su autor.

Jaime Paredes Pardo.

El Libro de los Animales Cautivos.

En dos oportunidades, desde esta misma sección nos hemos referido a la tarea intelectual que ha emprendido Jaime Paredes. Porque la suya ha sido una vocación permanente por las letras y un fino acercamiento a sus fuentes. Paredes tiene el sentido amoroso de lo nimio, de aquello que para muchas personas puede pasar inadvertido pero que para este buscador de emociones, tiene contornos poéticos de estrella. Su inteligencia y su ternura intelectual se han inclinado sobre aquellos seres y temas que tienen la divina alacridad de las aves. El mundo para Paredes Pardo, no tiene razón de ser sino por esas vidas que pasan a nuestro lado, apenas insinuándose, rozando nuestra existencia.

Por eso mismo su temática es difícil. Porque escoge una serie de conceptos verdaderamente transparentes para ejemplarizarnos con su conocimiento amoroso. En su prosa nada existe que sea turbio, mentiroso, gobernado por el instinto. Ha creído firmemente en su Patria y canta lo que contiene, desde el árbol centenario hasta el milagro del nido confidente. Pureza de intención, gozo en hallar esencias donde nadie encuentra nada que lo detenga, fina escarcha de rocío, juego de espuma sobre la piel del agua.

Estos animales cautivos perecen bajo el yugo del hombre. Y Paredes Pardo nos cuenta su historia, su dolor en cautiverio, las sensaciones, la riqueza de ese mundo pacífico, gobernado por el amo altanero: el Hombre.

Temas verdaderamente inéditos que muy pocas veces han sido tratados por los escritores americanos, si hacemos excepción del argentino Alvaro Yunque. Verdadera poesía para niños y para viejos en quienes se enciende la luz de la infancia como un fino recuerdo, una memoria grata y suspirante.

Este libro debe ser leído por todos los colombianos. Tiene mucho de texto didáctico, porque enseña, amplía horizontes, nos hace partícipes de conceptos poéticos que se fugan de nuestra personal atención.

Paredes Pardo está cumpliendo con sus libros una obra que le agradecemos verdaderamente, porque baña el espíritu de toda concupiscencia terrenal.